

---

XXIX

No quiso Pepe que su padre se enterase del triste proyecto que fraguaba hasta tener que llevarlo á cabo, y para evitar que le oyesen hablar con la madre, al otro día de la conversacion con Millán se fué á buscarla al convento de las *Hijas de la Salve*, donde tenía su centro la hermandad llamada *Limosna de la luz*.

Hallábase situado el tal convento entre los cementerios viejos y el depósito de aguas del Lozoya, destacando su oscura mole de la drillo rojizo sobre la terrosa campiña á que ponían término las cumbres del Guradarrama. Cuando Pepe divisó el sombrío edificio, que con sus muros llenos de ventanas chatas y con rejas, antes parecía cárcel moderna que asilo religioso; las lágrimas se le vinieron á los ojos. Era un caserón enorme, ancho y ba-

jo, como ávido de extenderse sobre el suelo que lo soportaba, sin torrecilla esbelta que realzase su construcción, sin huerto que lo sombreara ni campanario que elevase al cielo la cruz de su veleta: la puerta, claveteada de hierro, parecía de castillo, y á muy larga distancia no había en torno de los recios paredones árbol, planta, ni enramada alguna, cual si los jugos de la tierra se negaran á hermohear con su verdor la obra del egoismo humano.... Era la hora de salir las educadas externas: cerca de lastapias se veían parados varios carruajes, y otros, á cuyas ventanillas se asomaban cabezas de muchachas ávidas de aire libre, corrían en dirección á Madrid, donde, según lo lejano de aquel sitio, llegarían al cerrar la noche. Pepe pensó con rabia en el fanatismo que hacía á su madre volver desde allí sola y á pié cuando en la casa gruñía por no ir á la botica, que distaba cincuenta pasos.... Aguárdó impaciente á que se fueran los últimos coches, esperando que doña Manuela saliera presto; más trascurrido un buen rato, se resolvió á llamar y adelantó hacia la puerta. Aún se detubo unos segundos; sentía repugnancia de entrar. Por fin llamó, oyóse dentro el sonido de la campana y abrió una mujer

vestida de suerte que, sin ser el traje religioso, quería parecerlo.

—¿Hace usted el favor de decirme si es aquí donde está establecida la "Limosna de la Luz?"—preguntó—y como le respondiesen afirmativamente, añadió:

—¿Se ha marchado ya Doña Manuela Resmilla, una señora que es vigilanta?

—¿Qué deseaba usted?

—Vengo á buscarla. Tenga usted la bondad de decirle que está aquí su hijo.

—¡Ah! ¿Es usted hermano del padre Tirso? Pase, pase usted.

Hiciéronle atravesar un ancho corredor dado de cal, con alto zócalo de azulejos y entró en un cuarto espacioso donde todo el mueblaje consistía en un par de docenas de sillas de Vitoria, y en uno de cuyos muros se veía una estatuilla de la Virgen de Lourdes, con las manos cruzadas sobre el pecho, túnica blanca y faja azul. Al tiempo de llegar Pepe se marchaban dos señoras con una niña: era la última educanda que salía. Allí permaneció solo unos minutos, nervioso, contrariado, sin poder estarse quieto, y mirando hacia las ventanas, donde los barrotes de hierro cortaban con cruces negras la claridad del

espacio, en que la luz iba faltando. Como oyera de pronto á su espalda ruido de pasos, se volvió; mas no era su madre la que llegaba, sino una monja. Traía la cabeza con una cofia blanca, bajo la cual resaltaba un rostro brillante, hasta parecer erisipeloso, de facciones menudas y redondas. El hábito era de un gris ratonesso, y pendiente de la cintura llevaba un enorme rosario con cuentas como nueces, gran cruz de cobre y medallas de santos. Su voz era falsamente suave; el acento y giros que empleaba, muy franceses.

—*Está vd.*—dijo quien pregunta por la *mamá* del padre Tirso?

—Sí, señora; soy su hijo y vengo á buscarla.

—El caso es que... es *lastima* que haya usted dado un paseo tan largo; pero ya hoy doña Manuela no saldrá... *hace su guardia*... es su día... *que le toca hoy*.

—No importa, señora. Suplico á Vd. que la pase recado: ya he dicho á Vd. que soy su hijo.

—Como Vd. guste, señor; pero *estará inútil*. Una vez que *ya se ha* entrado en la guardia, *non se puede salir*.

—Dígala Vd. que he venido yo mismo, que está aquí su hijo.

No le sugería el pensamiento frase más poderosa.

La monja afectaba tranquilidad; pero la entonación que Pepe daba á sus palabras, no era para inspirar confianza. Tornó ella á salir, quedóse él otra vez esperando más de azonado que antes, y en un abrir y cerrar de ojos apareció de nuevo la del hábito ratonesco diciendo del ma talante:

—Señor, era *equivocación*; esa señora ha salido ya; era error *que cometíamos*; no estaba hoy que *hasía* su guardia. *Elle est partie*.

Era indudable el engaño: doña Manuela allí debía estar y se negaba, ó aquellas gentes, de acuerdo con ella, evitaban que saliera, lo cual indicaba claramente su propósito de pasar la noche sin volver á casa, como había hecho ya una vez.

La resistencia hubiera sido inútil. Por fortuna, Pepe lo comprendió así, y, aunque acibarada el alma, rebotando hiel el pensamiento, resolvió aguantarse. ¿Qué podía hacer? ¿Dejarse llevar por la cólera, promover un escándalo, y tras no conseguir nada ser llevada á la cárcel, si aquellas mujeres requerían

el auxilio de las autoridades? ¿Con qué derecho iba á turbar la paz del santo asilo? ¿Por sacar de allí á su madre? Años tenía la buena señora para obrar por su propia cuenta. Sus reflexiones fueron tan amargas como exactas. —“Todo es en balde: armo un alboroto, grito, insulto á estas mujeres, llamo á mi madre. . . . cierran la puerta, mandan venir una pareja. . . . y mi padre se queda solo, sabe Dios hasta cuándo.”

—Esta bien, señora — dijo; — pero no es fácil engañarme. ¡Mi madre está ahí dentro! Dígala usted, de parte de su hijo, que si quiere, pronto podrá quedarse aquí para siempre.

= Adiós, señor — repuso secamente la del hábito.

Salió Pepe al corredor que comunicaba con el sagúan, y al atravesar el cruce de dos pasillos vió claridad de luz artificial en una puerta entornada: atraídos sus ojos por el resplandor, miró, y tras aquella puerta vió á su madre, que estaba espiando su salida. Sin poderse contener, avanzó para entrar; mas cerraron por dentro, y al cerrar, la falda de Doña Manuela quedó presa entre las hojas de la puerta: ella entonces tiró con violencia del

vestido, y en seguida se oyeron pasos como de cuerpo viejo que hufa trabajosamente.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Su voz robusta pareció grito de niño abandonado.

Oyóse un violento portazo, dado ya en habitación lejana, y aquella horrible respuesta resonó en sus oídos más triste que caer de tierra sobre féreteo.

Un instante después estaba fuera: el portón de las *Hijas de la Salve* giró sin ruido sobre sus goznes; Pepe permaneció unos instantes junto á la misma entrada del convento, inmóvil, vencido de dolor, queriendo y sin poder llorar.... Anduvo unos cuantos pasos.... Miraba y no veía lo que tenía delante.... El eco del portazo no se apagaba nunca en sus oídos. De pronto, acordándose de su padre, apretó el paso, y de allí á poco se internó en las calles de Madrid.

---



---

XXX

En veinte días quedó realizado el proyecto de Pepe. Un agente de los llamados *corredores de quintos* tomó á su cargo al asunto, y como el interesado se hallaba dentro de todas las condiciones exigidas por la legislación de aquel tiempo, no hubo entorpecimientos, que á veces la suerte facilita los intentos tristes tanto como suele estorbar los halagüeños. Gracias á la escasez de sustitutos, los que por entonces se prestaban á serlo eran relativamente bien retribuidos. Quedó pactado que, aparte la ganancia del mediador, recibiría Pepe cerca de cinco mil reales. Un caballero, amigo de Millán, prometió después interesarse para que fuese destinado al batallón de escribientes ó á la imprenta del Ministerio de la Guerra, pues